

LA REPUBLICANA MEMORIOSA: CARMEN DE ZULUETA

JOSÉ MARÍA CONGET FERRUZ¹

Hace falta haber cultivado cierto solipsismo para manifestar la perplejidad del poeta porque los pájaros seguirán cantando tras nuestra muerte. Sin embargo los vivos sentimos, y me parece legítimo, que cuando desaparecen amigos que asociamos intensamente con una ciudad, es como si a ésta le arrancasen unas calles o unas plazas donde nosotros aprendimos a quererla. El plano oficial de Nueva York no habrá cambiado la próxima vez que la visite pero hay otro plano, el de los itinerarios íntimos, que estará amputado para siempre de dos de sus coordenadas esenciales que en mi geografía personal tienen los nombres de Carmen de Zulueta e Isaías Lerner.

Isaías, el inolvidable profesor Lerner, falleció el pasado 8 de enero. No puedo sino recordar, con melancolía por las simetrías del azar, que fue él quien tres años antes me comunicó la muerte de Carmen. Supongo que durante ese intervalo Isaías echó en falta muchas mañanas la llamada temprana de su amiga, pues durante más de dos décadas Carmen de Zulueta lo telefoneó cada día, después de levantarse, para charlar un rato sobre política, la obra que llevaba

¹ Escritor, investigador y promotor cultural (Zaragoza, 1948). Ha publicado novelas (*Trilogía de Zabala*, *Todas las mujeres*, *Palabras de familia*), volúmenes de relatos (*Bar de anarquistas*, *La ciudad desplazada*, *La mujer que vigila los Vermeer*), ensayos (*Una cita con Borges*, *Pont de l'Alma*, *El olor de los tebeos*) y libros autobiográficos (*Cincuenta y tres* y *Octava*, *Vamos a contar canciones*) entre otros. Fue jefe de actividades culturales del Instituto Cervantes de Nueva York y de París.

entre manos o las últimas noticias de su nieto. Con similar constancia, pero solo los domingos, nos llamaba Carmen a mi mujer y a mí desde que nos instalamos en Sevilla allá por 1998. La nostalgia de Nueva York, un veneno del que uno no se cura nunca, nos la alimentaban sus crónicas. ¿Había nevado esta noche en Central Park? ¿O la dubitativa primavera se habría instalado ya en los arbustos que separan el parque de la Quinta Avenida? ¿Y habrían adquirido los arcos esa rotunda riqueza que impide apreciar desde el Metropolitan los edificios que delimitan al oeste el gran pulmón de Manhattan? Pues bien, Carmen de Zulueta nos contaba que había madrugado como siempre y regresaba de observar el verde nuevo que apuntaba suavemente en los árboles. Eran allá las ocho y media de una mañana de abril y nosotros seguíamos el ciclo de las estaciones de una ciudad a miles de kilómetros de distancia. Todavía hoy si a eso de las dos y media de la tarde de un domingo suena en casa el teléfono, por un momento pienso que es Carmen para anunciarnos que ha terminado un nuevo capítulo de su libro y quiere enviárnoslo. Pero su voz, como la de Isaías, enmudeció para siempre y esa llamada no la volveremos a recibir.

Conocí a Carmen de Zulueta en abril de 1991. Yo estaba recién llegado a Nueva York y asistía en el *Spanish Institute* a una serie de conferencias sobre las relaciones culturales entre Estados Unidos y España a lo largo de la historia. Con vistas al trabajo que yo tendría que desempeñar en el que sería Instituto Cervantes local, más me interesaban los aspectos organizativos del ciclo que las ponencias académicas a las que de antemano les atribuía, a partes iguales, la industriosa erudición y el sensato aburrimiento. Creo que por ese prejuicio no presté atención al maestro de ceremonias cuando presentó a una profesora *emérita* de la que ni siquiera capté el apellido. Pero la profesora me ganó para su lectura desde el primer momento, y eso que era ardua labor cautivar me hablando de un personaje que hasta entonces me había parecido un clásico pelma, el escritor romántico Washington Irving del que había yo ingerido en la infeliz adolescencia el ricino de aquellos *Cuentos de la Alhambra* de los que solo recordaba el invencible sopor. La claridad expositiva, la revelación de que Irving era mucho más seductor de lo que hasta ese día imaginaba, la amenidad y la presencia misma de la conferenciante, de pie y muy erguida ante el micrófono, con su pelo lacio todavía negro y una voz para la que no encuentro otro adjetivo que

el de muy española (y no solo por el acento), me engancharon por completo y de principio a fin. Luego, durante el *buffet* que se nos ofreció a los asistentes, me senté en su misma mesa, nos presentamos –ella era Carmen de Zulueta– e iniciamos un diálogo que duró hasta su muerte.

El padre de Carmen fue el periodista y político (Secretario de Estado con la República y luego su embajador en Alemania y el Vaticano) Luis de Zulueta, y su tío el líder socialista Julián Besteiro que murió en las cárceles de Franco. Respiró desde niña la atmósfera tolerante, sobria y eficaz de la Institución Libre de Enseñanza y el Instituto-Escuela. Comenzó estudios de Filosofía y Letras en Madrid, que fueron interrumpidos por el estallido de la Guerra Civil. Vivió un primer exilio en Francia, pasó a ser profesora *assistant* en Norwich, Inglaterra, y se instaló con su familia en Colombia donde se doctoró en Filosofía. Ganó una beca para Radcliffe (en aquella época la “división” femenina de Harvard) y allí obtuvo una licenciatura en Románicas. Se casó con Richard Greenebaum, vivió con él en Brasil, fue madre de dos hijos y una hija, regresó a Estados Unidos con los suyos y fijó su residencia en Nueva York. Consiguió un nuevo doctorado en Literatura Española y sus veinte últimos años de docente transcurrieron al servicio de la Universidad Pública de Nueva York, la popular CUNY. Una vez jubilada, se entregó a la redacción de las obras que comentaré más abajo. En ningún momento podía uno pensar en su edad biológica porque incluso de nonagenaria Carmen era una persona joven. Con natural extrañeza comentaba en sus *Memorias* que su edad no le parecía cierta: “Ando deprisa, escribo, trabajo de voluntaria en una escuela pública para niños con problemas”. Añadiré que seguía un curso de conversación avanzada en francés, no se perdía una exposición medianamente interesante, mantenía correspondencia postal y electrónica con docenas de amigos de todo el mundo, acudía a un gimnasio para realizar ejercicios que complementarían su diario caminar, viajaba –aunque últimamente, confesaba, más en función de reencuentros con personas queridas que por hacer turismo– y leía mucho, conducía su propio coche por Long Island, organizaba cenas en su casa para que se conocieran personas de cuyo contacto podía surgir una relación cordial o una colaboración intelectual, o sencillamente para que sus amigos charlasen, discutieran entre ellos o maldijeran la política republicana. En otras páginas he escrito que Carmen de Zulueta encarnaba para mí el espíritu de la Institución Libre de Ense-

ñanza bajo cuya sombra recibió su primera formación: mujer de curiosidad infatigable, austera y frugal pero con capacidad de disfrute, educadísima pero de opiniones (como las de Nabókov) contundentes, sensible pero antisensiblera, practicante del culto al diálogo y a la amistad, optimista. Y lúcida: “Todas las mañanas, cuando me despierto, doy gracias a ese Creador en el que querría creer”. Pero no creía.

En el primer contacto con Carmen sorprendía (porque tantos de sus coetáneos *cronológicos* solían refugiar la desgana de la edad en empachos televisivos que paradójicamente los van desconectando de la realidad en torno) su despierta curiosidad por el presente: seguía con pasión la política americana y la española, podía comentar la última novela de Norman Mailer y, dentro de los campos que más afines le eran, estaba al día de la múltiple oferta cultural que propone Nueva York. Cuando el trato se prolongaba, se descubría que la misma curiosidad le hacía retornar una y otra vez a la época turbulenta que enmarcó sus, sin embargo, felices primeros veinte años. Como he repetido en otras ocasiones, no era una mujer anclada en el pasado y de ningún modo participaba de cierto síndrome quejumbroso que agobia las manifestaciones de otros exilados. No, Carmen de Zulueta volvía al pasado para comprenderlo —comprenderse— y, todavía más, para hacerlo comprender a otros. En sus trabajos académicos, la documentación, muy frecuentemente inédita, y la minuciosa exactitud factual del *scholar* vienen acompañadas de la impresión vivida que, se percata uno, había estimulado el trabajo de investigación y actuaba tal vez de su motor de fondo cuando, como en el caso de su indispensable *Cien años de educación de la mujer española. Historia del Instituto Internacional*, la búsqueda por archivos, bibliotecas y epistolarios requería una energía, meticulosidad y constancia que habrían derrotado a personas menos incombustibles. Su primer libro, *Navarro Ledesma. El hombre y su tiempo*, indaga en un escritor hoy poco menos que olvidado pero que, a través de los testimonios de Ortega y Azorín entre otros, se le reveló a Carmen como un puente entre la generación del 98 y la de su padre. Ese padre que ella rescató como espléndido periodista en la antología de artículos que seleccionó y editó en 1996 y del que antes había ya dado a conocer una fascinante correspondencia con Unamuno. De su tío Julián Besteiro reunió y publicó las conmovedoras *Cartas desde la prisión* y quien lea su colección de ensayos y recuerdos *Compañeros de paseo* descubrirá los lazos personales que



Carmen de Zulueta en su hogar en Nueva York con el autor de la nota, 2009
Foto cortesía de Maribel Cruzado Soria

sin duda la impulsaron a reconstruir la historia de la Residencia de señoritas (*Ni convento ni college*, 1993).

Faltaba que Carmen de Zulueta se decidiera a escribir sobre la España de principios del siglo XX (la que buscaba alivio para la resaca humillante del 98), y la España del general Primo de Rivera y la España republicana y la forzada diáspora de la España vencida y peregrina, pero todo ello desde la primera persona singular. Es decir, faltaba esa clase de libro que, en palabras de Pascual Maragall dedicadas a los recuerdos de Carmen de Zulueta, exigía “una memoria histórica compleja, poderosísima, una probidad intelectual absoluta; de un linaje que combinara la diversidad cultural –la del país–, liberalismo a ultranza y un cierto aristocratismo moral e intelectual”. A todo eso había que añadir el talento –es un talento– para sobrevivir, adaptarse, reiniciar la vida en otra parte, otras partes, sin traicionar o disimular la propia identidad. Sospecho que a Carmen de Zulueta le tentaba desde hacía tiempo emprender esa tarea que cierto pudor y la misma entidad del cometido iban frenando de año en año. Debemos a la inteligente capacidad de persuasión de Isafás Lerner, su amigo entrañable, que ésta se animara al fin a embarcarse en la larga travesía de componer el volumen que se llamó *La España que pudo ser. Memorias de una institucionista republicana* (2000). Me cupo el honor de haber contribuido, si bien humildemente, al impulso de su redacción: Carmen

me envió los borradores de los primeros capítulos pidiendo un juicio implacable y, en efecto, implacable se lo di: “Tienes que continuar sin remedio”. Creo que, tras tantos años de bilingüismo, le preocupaba a la autora el estilo que no podría refugiarse en la prosa neutra de los trabajos académicos. Sin embargo el lenguaje de Carmen era fresco, culto pero conversacional, preciso y anti-retórico, como no podía ser menos de quien declaraba “mi lengua profunda es el español. Es la lengua en que escribo, en la que pienso en serio, en la que recuerdo romances y poesías de los Machado”...

Las *Memorias* de Carmen son, y que se me perdone la redundancia, una proeza de la memoria. Que continuó y se completó en el volumen que he mencionado más arriba, *Compañeros de paseo*, de cuya edición tuve la fortuna de hacerme cargo para la Biblioteca del Exilio. La autora era una infatigable paseante que, aseguraba, caminaba acompañada de amigos invisibles. Sobre esos amigos, a veces figuras del pasado que en una sola entrevista imprimieron su huella indeleble en Carmen, trazó vivísimos retratos. Desde ilustres parientes a intelectuales –Madariaga, Américo Castro, Fernando de los Ríos– cuyas existencias se cruzaron una y otra vez con la varia peripecia vital de la escritora; en algunos casos nos encontramos apenas con una viñeta pero qué reveladora –la impertinencia genealógica de Baroja, los anónimos rencorosos de Pijoan–, en otros seguimos una trayectoria hasta la muerte de su protagonista. Así era su conversación. Su memoria prodigiosa (citaba todos los nombres seguidos de los dos apellidos) nos regalaba la presencia rediviva de unos españoles a los que un recuerdo fiel y tenaz devolvía sus logros y sus manías, el gesto de una tarde, su esperanza y su resignación en el exilio. Sus palabras resucitaban a Unamuno haciendo bolitas con migas de pan mientras almuerza en casa de los Besteiro o recuperaban la visita de Carmen adolescente a Juan Ramón Jiménez para que el gran sacerdote de la poesía otorgase su bendición a unos jóvenes novicios de las musas. En las charlas con Carmen el pasado continuaba activo y proyectando una luz más clarificadora que nostálgica sobre los afanes de un presente que solo así adquiriría sentido.

Su personalidad no estaba exenta de claroscuros. Liberal y progresista, a veces se dejaba llevar por fobias –no quiero escribir prejuicios– que eran más fuertes que la razón. Por ejemplo, hacia las personas obesas. Si describía los rasgos negativos de un escritor o un

político y este se distinguía por su exceso de peso, Carmen no dudaba en añadir que para colmo el tal fulano era gordo, pero lo pronunciaba alargando la primera o, o sea, “goooordo”, de forma que enfatizaba la gordura como un baldón imperdonable. Tal vez por eso no sentía mucha piedad por la imagen de su madre –“una señora gorda que se pasaba la vida sin hacer nada”– aunque en general, y creo que era vagamente consciente y trataba de corregirse, tendía a una leve misoginia. Quizás el rasgo más perturbador, y que nunca me atreví a sacar a la luz, fuera que una memoria tan portentosa hubiera obliterado la figura de su hijo menor, que murió de sobredosis mientras estudiaba en una universidad de élite. Ni una foto mantenía su rostro en la casa, ni una sola línea recibió en las muchas páginas de Carmen que recuperan el pasado, ni una palabra de su conversación revelaba que había sido madre tres veces. Ese tercer hijo había sido borrado por una voluntad que sin duda apostó por la soledad del dolor íntimo y la supervivencia.

Prefiero recordarla en Sevilla, en nuestro deambular por el parque María Luisa, o en una cena en mi casa cuando encandiló al historiador Moreno Alonso y al poeta Juan Lamillar con sus precisiones sobre la familia de García Lorca y las anécdotas (con algún punto de malignidad) en torno a la vida de exiliados ilustres, desde Francisco Ayala a Jorge Guillén. O en la charla espléndida que dio a mis alumnos y cómo no se cortó un pelo cuando un estudiante impertinente le preguntó por qué una mujer de izquierdas vivía en la Quinta Avenida: “Porque tuve la suerte de casarme con un millonario”, fue su respuesta. También recorrí con ella los Campos Elíseos parisinos donde me contó sus impresiones de la reciente visita al museo del Louvre comparándolas con sus experiencias anteriores. De Nueva York son tantas las estampas que conservo de ella –eligiendo un banco de Central Park para donar una placa con su nombre, en la primera fila de los actos del Instituto Cervantes, en el comedor de su casa con amigos comunes, en el MOMA– que no puedo elegir la que prefiero. Quizás una fotografía que mi mujer tomó de Carmen con nuestra nieta, una nonagenaria vitalista mirando a un bebé de meses. Carmen no tardaría en morir.

Las necrológicas que se publicaron en España incurrieron en ciertas inexactitudes, quizás en algún caso interesadas. Como calificarla de católica practicante, que no lo fue nunca; durante sus últimos años no rechazaba entrar en las iglesias en busca de una tranquilidad para el recuerdo pero no para oír misa o ningún otro acto litúrgico.

Detestaba la política de José María Aznar tanto como se opuso a la de Bush pero hubo plumífero que esbozó una Carmen de Zulueta, que ya no podía contradecirle, olvidada o arrepentida de su pasado republicano y actual señora de derechas. En fin, ni siquiera murió en su casa como afirma otra crónica que aún se puede leer en internet. Carmen de Zulueta murió en el hospital adonde llegó ya inconsciente tras una caída (seguramente consecuencia de una embolia) mientras paseaba cerca de su vivienda. No he dejado de preguntarme qué compañero invisible iba a su lado en ese momento. Quiero creer que la sombra de su padre, a quien tanto amó, o la del hijo que jamás quiso recordar en público.

Lecturas sugeridas de Carmen de Zulueta

- Navarro Ledesma. El hombre y su tiempo.* Madrid: Alfaguara, 1968.
Cien años de educación de la mujer española. Historia del Instituto Internacional. Madrid: Castalia, 1992.
Ni convento ni college. La residencia de señoritas. En colaboración con Alicia Moreno. Madrid: CSIC, 1993.
La España que pudo ser. Memorias de una española republicana. Murcia: Universidad de Murcia, 2000.
Compañeros de paseo. Edición de José María Conget. Sevilla: Editorial Renacimiento, Biblioteca del exilio, 2001.

La obra de Carmen de Zulueta está dispersa en numerosas publicaciones académicas y culturales. Pero son especialmente interesantes sus prólogos a las ediciones que ella preparó:

- Del epistolario entre Unamuno y el padre de Carmen: *Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo. Amistad y epistolario (1899-1936)*, Madrid: Ediciones del 98, 2007;
 Del de Benito Pérez Galdós, José de Cubas, *Cartas sobre teatro 1893-1912.* Ed. de Carmen de Zulueta. Madrid: Castalia, Anales Galdosianos. Anejo, 1982;
 las *Cartas desde la prisión* de su tío Julián Besteiro (Alianza, 1988);
 y los artículos de su padre que antologó: *Luis de Zulueta, Artículos (1904-1964)*. Introducción y notas de Carmen de Zulueta. Alicante: Instituto de Cultura Gil-Albert, 1996.